

4.3.2. Arte e identidad

El arte (del lat. *ars*, *artis*, y este calco del gr. τέχνη)¹ es entendido generalmente como cualquier actividad o producto realizado por el ser humano con una finalidad estética o comunicativa, mediante la cual se expresan ideas, emociones o, en general, una visión del mundo, mediante diversos recursos, como los plásticos, lingüísticos, sonoros o mixtos. El arte es un componente de la cultura, reflejando en su concepción los sustratos económicos y sociales, y la transmisión de ideas y valores, inherentes a cualquier cultura humana a lo largo del espacio y el tiempo.

Se suele considerar que con la aparición del *homo sapiens* el arte tuvo en principio una función ritual, mágica o religiosa (arte paleolítico), pero esa función cambió con la evolución del ser humano, adquiriendo un componente estético y una función social, pedagógica, mercantil o simplemente ornamental.

Pese al paso del tiempo, las explicaciones sobre su función continúa sujeta a profundas disputas, dado que su definición está abierta a múltiples interpretaciones, que varían según la cultura, la época, el movimiento, o la sociedad para la cual el término tiene un determinado sentido.

Se suele considerar a esta expresión en el producto de la aplicación manual o técnica. Sin embargo, para los primeros técnicos y científicos del renacimiento, el término debía



distanciarse de la técnica para adquirir su sentido en el objeto en sí. así que, el arte como una actividad creadora produce una serie de objetos (obras de arte) que son singulares, y cuya finalidad simplemente debe ser estética: deleitar a los sentidos. Sin embargo, para Althusser, también el arte adquiere otro tipo de dimensiones más cercanas al terreno político pues ha representado la manera más inmediata y eficaz para legitimar al estado o para producir ideología.

En efecto, en su carácter más superficial aunque una expresión con carácter recreativo, ejemplos sobran para ver cómo es que ha sido un pilar en la construcción de propaganda desde los mismos griegos atenienses quienes veían en la escultura no sólo la reproducción de "gente bella" sino el ideal de lo que debía serlo. Del mismo modo ocurrirá en Warhol quien en dominio de objetos cotidianos y propios del desecho consumista, fue capaz de revelarlos como íconos de una época: el *pop art*.



4.4. Objetos y acciones simbólicas

Un símbolo es la representación perceptible de una idea, con rasgos asociados por una convención socialmente aceptada. Es un signo sin semejanza ni contigüidad, que solamente posee un vínculo convencional entre su significante y su denotado, además de una clase intencional para su designado. Llamamos símbolo a un indicio -término, nombre o imagen- que puede ser reconocido por el intelecto aunque alejado de connotaciones específicas [Jung, 1995, 54]. Los grupos sociales tienen la necesidad de interactuar con sus imaginaciones, afectos o emociones, pero ante la dificultad de generar un indicio específico y certero, elaboran recursos polisémicos y por lo cual, se convierten en referentes de múltiples asociaciones: culturales, artísticas, religiosas, políticas, entre otros.¹ Aristóteles afirmaba que no se piensa sin imágenes, y simbólica es la ciencia, constituyendo ambas las más evidentes manifestaciones de la inteligencia.

En las muchas etapas que componen la evolución, en la forma de comunicación humana, del desarrollo del lenguaje hablado a la escritura, los signos visuales representan la transición de la perspectiva visual, a través de las figuras y los pictogramas, a las señales abstractas. Sistemas de notación capaces de transmitir el significado de conceptos, palabras o sonidos simples.

Los signos y símbolos transmiten ideas en las culturas pre-alfabetizadas y prácticamente analfabetas. Pero su utilidad no es menor entre las verbalmente alfabetizadas: al contrario, es mayor. En la sociedad tecnológicamente desarrollada, con su exigencia de comprensión inmediata, los signos y símbolos son muy eficaces para producir una respuesta rápida. Su estricta atención a los elementos visuales principales y su simplicidad estructural, proporcionan facilidad de percepción y memoria: (...) *la identificación entre el objeto real y su representación es a menudo arbitraria y además convencional. Ejemplo: la cruz verde de las farmacias, la hoz y el martillo del comunismo, etcétera.* [Frías Conde, 2000; 7]

¹ Del latín *symbolum*, y este del griego *σύμβολον*, el símbolo es la forma de exteriorizar un pensamiento o idea, así como el signo o medio de expresión al que se atribuye un significado convencional y en cuya génesis se encuentra la semejanza, real o imaginada, con lo significado [DRAE, 2014].



Los símbolos pueden componerse de información realista, extraída del entorno, fácil de reconocer, o también por formas, tonos, colores, texturas; elementos visuales básicos que no guardan similitud con los objetos del entorno natural, más bien toman dimensiones metafóricas como ocurre con las alegorías. No poseen ninguna definición específica, excepto lo que la situación les asigna. En este sentido difiere del signo en tanto que éste si manifiesta una determinada intención.

Los conocidos como símbolos nacionales representan figuraciones trópicas con las cuales absorber todo tipo de aspiraciones, y así aglutinar en torno a su significado difuso el sentir de una sociedad. En relación a la preservación de los rituales, el estado nacional tiende a dirigir el sentimiento de pertenencia nacional por medio de su repetida exposición. Sabemos que en todas las naciones los símbolos nacionales por excelencia están expresados en una bandera y en ella, en una gama de colores distintivos; tal vez un escudo de armas así como por el acompañamiento de un himno. Aunque es sabido que en casos en los que la historia no ha permitido una plena identidad cultural, estos símbolos pueden llegar a convertirse en motivos de tensión tal y como se puede ver entre la comunidad social del País Vasco quienes luchan tenazmente por defender una serie de símbolos propios empezando por su ikurriña (o bandera nacional).

El arte, la religión, la política, la educación, incluso entre los sistemas de lenguaje, el símbolo forma un elemento fundamental en sus respectivas configuraciones. Si bien es cierto que es de carácter difuso, su amplia apertura colaborativa permite implicar la labor interpretante de un gran número de individuos.

4.5. Diversidad cultural

El planteamiento sobre diversidad cultural subsiste a partir de que se reconocen diferencias irreductibles entre grupos humanos luchando por conformar una identidad. Esto quiere decir que la diversidad cultural no choca con la noción nacional de una sociedad, mejor dicho, contradice la noción nacionalista que pretende ver una sola cultura en un colectivo.

A raíz de la derrota de los pensamientos únicos vistos en los regímenes totalitaristas que junto con las potencias aliadas provocaron la segunda guerra mundial, muchos pensadores como el propio Jean Paul Sartre atacó la noción unificadora pues, aduce, fue en parte la que provocó la desgracia. Sin embargo, aún se tendría que esperar el mundo la caída del régimen comunista en la URSS para declarar el advenimiento de una nueva era que si bien se declaraba única en las formas (democracia) consideraba la diversidad

en sus universos por lo que la identidad debía concebirse en medio de esa diversidad étnica, lingüística, religiosa, incluso simbólica e imaginativa.



Los ajustes que se han verificado, sobre todo a lo largo de los últimos cincuenta años respecto a las culturas, nos dan una idea de cómo la deconstrucción y negación de otras identidades generales y unificadoras han permitido la crítica y posterior recreación y fundamentación de nuevos modelos incluyentes, aunque persisten aquellos otros empecinadamente excluyentes. [Puga, et. al., 1999;72-73]

En la diversidad cultural, convive lo popular con lo arcaico y más tradicional; lo expresamente contemporáneo alterna con lo históricamente escatológico y antiestético. Todo aspecto alcanza un valor simbólico y un significado en el mosaico de aquello que llamamos *identidad*.